

Conéctate



PRESENTAMOS

Peldaños

Conéctate

Conéctate
Apartado 11
Monterrey, N.L.
México, 64000

Conéctate
Casilla de correo 815
Correo Central 1000
Capital Federal
Buenos Aires
Argentina

Conéctate
Casilla de correo 14.982
Correo 21
Santiago
Chile

Conéctate
Apartado Aéreo 85178
Santafé de Bogotá
Colombia

Activated!
P.O. Box 4307
Orange, CA 92863-4307
USA

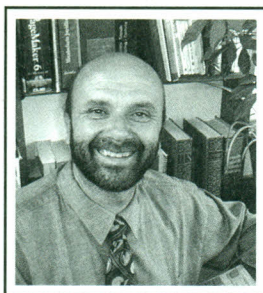
Correo electrónico:
conectate@conectate.org

En Internet:
www.conectate.org

Director: Gabriel Sarmiento
Diseño: Giselle LeFavre
Ilustraciones: Hugo Westphal,
Max Belmont
Producción: Francisco López
Junio 2001 ?

© 1999, Aurora Production AG,
Suiza. Es propiedad.

A menos que se indique lo contrario,
todas las frases textuales de las
Escrituras que aparecen en *Conéctate*
proviene de la versión Reina-Valera
de la Biblia, © Sociedades Bíblicas
Unidas, 1960.



A nuestros amigos

A veces la vida se nos presenta plagada de problemas. Sufrimos mala salud, accidentes, pérdida de seres queridos, dificultades económicas, conflictos familiares y un sinnúmero de reveses y complejidades. En esas circunstancias nos asalta la duda: «¿No será todo esto una colosal equivocación? Si Dios realmente es amor, como dice la Biblia en 1 Juan 4:8, y si Él creó este hermoso mundo para nuestra comodidad y deleite, ¿por qué tanta contrariedad?»

Las respuestas a estos interrogantes son tan diversas como los problemas que afrontamos. A veces el Señor permite estas adversidades para poner a prueba y reforzar nuestra fe. Otras veces todo eso nos sucede para que acudamos a Él y nos mantengamos unidos a Él, conscientes de nuestra insuficiencia y de que precisamos Su ayuda. A veces esas cosas nos hacen orar con mayor fervor. Otras nos enseñan paciencia o nos llevan a adoptar una actitud positiva ante los infortunios. A veces son el medio de que Dios se vale para mantenernos humildes. Otras veces nos acontecen para que Dios pueda demostrar que es capaz de desentrañar los embrollos en que nos metemos. A veces fortalecen nuestro carácter y espíritu. Otras veces nos hacen adquirir mayor prudencia y sensatez. A veces nos ocurren para que apreciemos todas las cosas buenas de que disfrutamos y los males y perjuicios que no padecemos. Créase o no, hay infinidad de buenas razones por las que pasamos dificultades. Sean cuales sean, en últimas siempre redundan en nuestro beneficio. Como sabiamente reza la Biblia: «Todo contribuye al bien de los que aman a Dios» (Romanos 8:28, Biblia Didáctica).

Claro que la rapidez y la magnitud con que se cumpla Su buen propósito depende en buena medida de la cooperación que le prestemos. En este número de *Conéctate* te explicaremos cómo puedes poner tus recursos espirituales al servicio del Señor y obrar en armonía con Él para que pueda concederte lo mejor que te tiene reservado, aun cuando la situación parezca terriblemente desalentadora.

Gabriel Sarmiento
En nombre de *Conéctate*

UN DIOS GRANDE



MICHAEL (AUSTRALIA)

Al pasar por la calle al lado de un señor de avanzada edad, sentí el impulso de entablar conversación con él.

—Hola, me llamo Michael —le dije, estableciendo contacto visual con él.

—¿Qué tal, Michael? Yo me llamo Joe. Gusto en conocerlo —contestó con fuerte acento italiano.

Luego de hablar de temas triviales, le expliqué que yo era misionero y que las calles de nuestra ciudad eran mi campo de misión.

—Es increíble la cantidad de gente que necesita ayuda para resolver sus problemas —le comenté.

Asintió con la cabeza. Me contó que algo lo tenía muy

preocupado. Fruto de años de tabaquismo, se había enfermado del corazón, por lo que tuvo que operarse. Los médicos le habían dado cinco años de vida. De eso hacía 17 años.

—Desde esta mañana el corazón me ha estado molestando otra vez —prosiguió Joe—. Creo que me ha llegado la hora.

Compartí con él unas palabras de aliento de la Biblia, por lo cual me agradeció efusivamente. Entonces me preguntó cómo había acabado yo en una silla de ruedas.

—Me rompí el cuello al zambullirme en un río —le indiqué—, en el aniversario de la independencia de Australia en 1985.

Joe se quedó mirándome pasmado.

—¿A qué hospital lo llevaron? —inquirió.

Me reveló entonces que recordaba perfectamente haber estado sentado ese día fuera de la sala de urgencias en ese mismísimo hospital. De repente vio que un joven era llevado rápidamente en camilla. Se informó con el personal del hospital y el breve recuento que le hicieron

del accidente coincidía con el mío. Sintió una pena enorme por el muchacho que iba en la camilla. La duda lo asaltó en ese momento: ¿Cómo es posible que algo tan horrible le haya sucedido a un muchacho tan joven, con toda la vida por delante? Lo que quería decir en realidad era: ¿cómo pudo permitir Dios una cosa tan atroz?

—En ese entonces yo también concluí que eso era lo peor que podría haberme sucedido. La demás gente me daba la razón —le manifesté—. Pero fue mucho lo bueno que saqué de todo aquello. Lo mejor es que esa experiencia marcó para mí el principio de una profunda y vívida relación con Jesús. Dios, en todo lo que hace, obra con amor.

Joe me confesó que él no era una persona religiosa ni nada, pero que sí creía en Jesús.

Le pregunté entonces si quería recibir a Jesús en su corazón. Me contestó que sí, tras lo cual oró sinceramente conmigo para aceptar el don de la vida eterna. Sigo cosechando los buenos frutos de mi accidente. ■

Peldaños



Si alguna vez te encuentras abatido a causa de tus debilidades, de tus fracasos o de las propias circunstancias en que vives, no pierdas las esperanzas: ello bien podría llevarte a descubrir lo cerca de ti que está el Señor y cuánto se preocupa de tu bienestar. Suele ser en los periodos más duros de la vida cuando comprendemos que Jesús vela siempre a nuestro lado, y que nos ama y desea lo mejor para nosotros. Cuando comprendemos que el Señor tiene un designio positivo en todo lo que permite que nos ocurra, aprendemos a sacar partido aun de nuestros problemas. Cada dificultad o decepción puede llegar a ser un peldaño hacia mayores satisfacciones.

El amoroso plan de Dios

El Señor ha prometido en Su Palabra «A los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien» (Romanos 8:28). Como hijo del Señor que eres, Él no permitirá que te pase nada que no sea para tu bien. Si bien es posible que te hayan sobrevenido muchas cosas que en su momento no te parecieron gratas ni alentadoras, tarde o temprano descu-

Si aprendes esta sencilla ecuación, *batallas=beneficios*, tu vida se enriquecerá, adquirirás valiosas enseñanzas, tendrás más paz interior y reconocerás más fácilmente la mano del Señor en los acontecimientos de tu vida. Hay una diferencia como de la noche al día entre contemplar una riada de problemas, batallas, pruebas y tribulaciones esperando que suceda lo peor, y contemplarla con la ilusión y expectativa de descubrir todo el bien que el Señor sacará de todo ello en tu beneficio.

María David

brirás que de alguna manera resultaron ser positivas.

Las respuestas del Señor a nuestras oraciones son infinitamente perfectas. A veces, sin embargo, Él no nos responde tal como quisiéramos, porque conoce el futuro y sabe que de concedernos indiscriminadamente nuestros deseos, éstos podrían perjudicar a otras personas o a nosotros mismos. Con frecuencia caemos en cuenta de que lo que pedíamos era en realidad una *pedra* con apariencia de *pan*. En contraste, lo que Él trataba de darnos era un *pan*, que por nuestra miopía nos parecía una *pedra* (Mateo 7:7-11).

La hora más oscura

[Los propósitos divinos no siempre se ven claros en un primer momento. De lo que sí podemos estar seguros es de que estamos bajo Su cuidado y de que a fin de cuentas, sea como sea, todo redundará en nuestro bien. Cuando pases por un momento de prueba —a pesar de las batallas que enfrentes, de las pérdidas que sufras, de la confusión en que te veas envuelto, de las angustias que padezcas— debes afirmarte en la certeza de que Dios te ama. Su amor es inmutable, infalible, interminable. Por muy negro que se presente el panorama, por difícil que se torne la lucha, por muy largo y tétrico que se vea el túnel y por muy intenso que se perciba el sufrimiento, Él te ama. No es mezquino con Su amor. No es algo que nos entregue con cuentagotas a medida que nos vamos haciendo acreedores de él. Nos lo reparte siempre con gran liberalidad.]

Jesús prometió: «Yo estoy contigo todos los días, hasta el fin del mundo» (Mateo 28:20). Y aseveró: «No te desampararé, ni te dejaré» (Hebreos 13:5). Aun en los momentos más críticos y difíciles, el Señor es un «amigo más unido que un hermano» (Proverbios 18:24). «Aun que ande en

valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque Tú estarás conmigo; Tu vara y Tu cayado me infundirán aliento» (Salmo 23:4). Él nos acompaña en la hora más sombría, en los momentos de prueba, en medio de la confusión. Está contigo en la más honda desesperación. Permanece a tu lado porque te ama. Está ahí para sacarte adelante.

A Jesús no le gusta verte sufrir y pasar desdichas. Pero sabe que es preciso que los seres humanos pasemos por esas cosas para convertirnos en la clase de personas que Él quiere que seamos y para que cumplamos la pequeña parte que nos corresponde a cada uno dentro de Su plan universal. Él mismo tuvo que sufrir la agonía de la cruz por los pecados del mundo.

El sendero hacia la gloria

[Cuando llegues al final del sendero de la vida y mires en retrospectiva todo lo que ha acontecido, comprenderás cuánto te ha amado el Señor y lo fielmente que te ha cuidado a lo largo del recorrido, particularmente cuando éste se te hacía cuesta arriba. Entonces verás con claridad que las rocas que tuviste que sortear en el camino no estaban ahí para hacerte tropezar, sino que eran peldaños que conducían a la gloria, la gloria del pleno apoyo y confianza en el Señor, la gloria de que el Espíritu de Dios pudiera obrar por medio de un espíritu humilde, un alma que confía, una mente dócil y un corazón lleno de amor.]

Por muchos recodos que dé el camino, recuerda que Jesús está contigo. Él fija Su atención en ti y a la postre dispondrá que incluso las peores situaciones concurren en tu bien. ¡Lo ha prometido!]

No te pierdas el libro *Cada obstáculo, una oportunidad*, de la colección *Actívate*. En él encontrarás mayores detalles sobre cómo superar las pruebas y trances de la vida. ■



VICTORIAS

EN LA GRAN TRIBULACIÓN

La Biblia advierte que en estos últimos días del dominio del hombre en la Tierra surgirá un poderoso gobierno mundial unificado, dirigido por un tirano diabólico que de hecho estará poseído por el propio Satanás: el Anticristo. Los últimos tres años y medio de su régimen serán la época a la que la Biblia denomina la *Gran Tribulación* (Mateo 24:21; Apocalipsis 7:14). El gobierno del Anticristo instaurará un sistema universal de crédito electrónico encaminado a poner al mundo bajo su control. Nadie podrá comprar ni vender sin un número de crédito personal, también conocido como la *Marca de la Bestia* (Apocalipsis 13:16-18). El Anticristo erigirá además un ídolo, una imagen de sí mismo habilitada para hacer matar a todo el que se niegue a adorarla (Apocalipsis 13:14-15).

No obstante, los hijos de Dios se negarán a adarlo y a recibir su marca. Pese a correr con ello riesgo de muerte, el Señor cuidará de ellos (Apocalipsis 12:6,14). Aunque algunos cristianos morirán mártires, el Anticristo no podrá vencerlos

espiritualmente. El Señor dice: «Ellos [los cristianos] le han vencido por medio de la sangre del Cordero [Jesús] y de la palabra del testimonio de ellos; y menospreciaron sus vidas hasta la muerte» (Apocalipsis 12:11).

«Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?»
(Romanos 8:31)

La Palabra de Dios dice que durante ese tiempo «el pueblo que conoce a su Dios será fuerte y hará hazañas» y que «los sabios del pueblo instruirán a muchos» (Daniel 11:32,33). En aquellos días muchos querrán saber la verdad y procurarán hallar una salida ante situaciones verdaderamente desesperantes. Quienes conozcan al Señor y comprendan Su Palabra estarán en condiciones de explicarles lo que estará sucediendo y de dar orientación, apoyo anímico y apaciguamiento a los demás hijos de Dios hasta el fin mismo.

El Señor ha prometido defender a Su pueblo con portentosas señales y prodigios. Al leer los capítulos 8 y 9 del Apocalipsis, donde habla de las temibles «trompetas de la Tribula-

El Señor conferirá poderes milagrosos y sobrenaturales a muchos de Sus fieles...

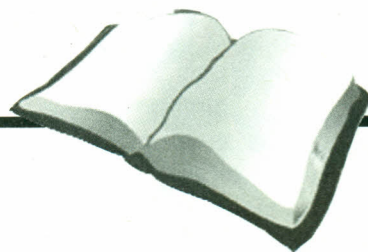
ción» y de las plagas que desatarán, debemos tener presente que Dios enviará dichas plagas para atormentar a los impíos, a la gente mala.

Quienes tengan el sello de Dios en su frente —es decir, quienes crean en Jesucristo y lo amen— no tienen nada que temer (Apocalipsis 7:2-3; 9:1-5). Además, el Señor conferirá poderes milagrosos y sobrenaturales a muchos de Sus fieles para que puedan defenderse, sobrevivir y continuar proclamando la verdad hasta que Él vuelva (Apocalipsis 11:3-6).

En vista de todo ello, no tenemos que preocuparnos por la Gran Tribulación. No será una victoria abrumadora y total del Diablo. El pueblo de Dios va a obtener victorias sobrenaturales sobre él y sobre sus fuerzas. ■

Lecturas succulentas

¿POR QUÉ PERMITE DIOS QUE PASEMOS PRUEBAS Y TRIBULACIONES?



Para acercarnos más a Él

Salmo 107:12-13

Para ver si le seguiremos

siendo leales

Deuteronomio 8:2

Deuteronomio 13:3-4

Jeremías 17:10

Para despertar en nosotros avidez por leer Su Palabra

Salmo 94:12

Salmo 119:67,71

Para que llevemos más fruto

Juan 15:2

Para instruirnos

Hebreos 5:8

1 Pedro 4:1-2

Para hacer de nosotros vasijas más útiles

Jeremías 18:4

2 Timoteo 2:21

Para purificarnos

Salmo 66:10

Job 23:10

Isaías 48:10

Daniel 11:35

1 Pedro 1:7

Para prepararnos de cara al futuro

Deuteronomio 8:16

Salmo 105:17-22

Para enseñarnos paciencia

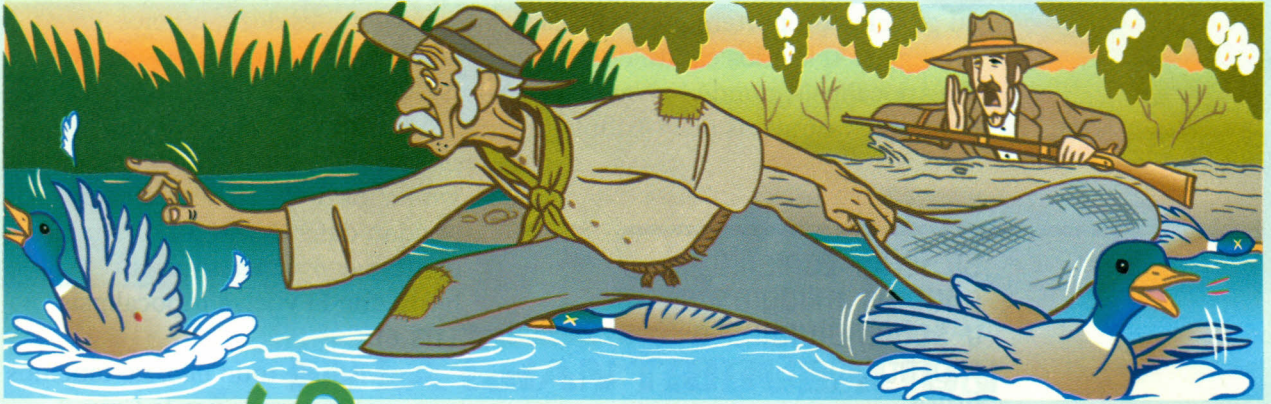
Romanos 5:3

Santiago 1:3-4

Para enseñarnos a ser compasivos con los demás

Hebreos 4:15

2 Corintios 1:4



«Sufre penalidades como buen soldado de Jesucristo» [2 Timoteo 2:3].

Luchadores

Muchos cristianos nacidos de nuevo se forman la idea de que ni bien aceptan a Jesús se resuelven de una vez para siempre todos sus problemas. Piensan que nunca más tendrán dificultades, lo cual dista mucho de la realidad.

Al dialogar con gente nueva en la fe acerca de las pruebas y dificultades que enfrentaban —sobre todo a los que daban testimonio de su nueva fe ante los demás—, mi madre siempre decía: «El Diablo no empieza a disparar hasta que sales de la trinchera», una analogía con la guerra de trincheras de la Primera Guerra Mundial. Los soldados de ambos bandos muchas veces se pasaban días o semanas apiñados en sus trincheras sin disparar un solo tiro. Pero en cuanto uno de los dos ordenaba un avance y salía de sus trincheras para atacar el territorio del otro, éste comenzaba a torpedearlo con toda su artillería.

Me recuerda la historia del viejo Samuel, un negro cristiano muy devoto. Era criado de un poderoso hacendado, dueño de una plantación en el sur de los EE.UU, que además era ateo. Un día su amo le preguntó:

—Samuel, ¿cómo explicas que tú, siendo creyente, sufras tantas contrariedades, pruebas y tribulaciones? Fíjate: Yo ni siquiera creo en Dios y, sin embargo, no tengo tantos problemas como tú.

—Vaya, mi amo —contestó Samuel—, voy a tener que echarle un poco de cabeza a eso para poder responderle.

Unos días más tarde fueron juntos a cazar patos. Después de haber disparado a varios patos, el hacendado le gritó:

—¡Embolsa a los que estén vivos! ¡Deja a los muertos tirados!
(En la caza de aves, algunas caen muertas y otras sólo

David Brandt Berg

Con Dios de nuestra parte no podemos perder, porque estamos con los vencedores.

quedan momentáneamente lastimadas. A veces hasta pueden volver a levantar vuelo si el cazador no las agarra enseguida.)

Al regresar el viejo Samuel con los patos, le dijo a su amo:

—Patrón, creo que ya tengo la respuesta a lo que me preguntó el otro día: ¡Yo soy uno de los vivos! El Diablo tiene miedo de que me vaya a escapar; por eso trata de embolsarme a mí primero. Usted es uno de los muertos. El Diablo ya lo agarró; por eso ya no se preocupa de usted.

El Diablo pone el máximo de empeño en neutralizar a toda persona que hace poco haya aceptado a Jesús. Una vez que somos salvos, el Diablo ya no puede recobrarlos, ya que la Salvación no se puede perder. Somos del Señor para siempre. La batalla por la salvación del alma está ganada y la victoria conseguida es permanente. (Juan 6:37; 10:28,29).

Sin embargo, aunque el Diablo no pueda recuperarnos, sí puede causarnos muchos inconvenientes. Sobre todo se esfuerza por evitar que sirvamos a Dios y que conquistemos a otras personas para el reino del Señor. Cada persona que se convierte a Cristo constituye una amenaza para el Diablo. Cada nuevo converso es capaz de arrebatarse a cientos de personas, de modo que el Maligno procura acabar con su utilidad para el Señor.

Ante dichos embates, algunos cristianos principiantes dudan: «Al fin y al cabo, ¿de qué me valió salvarme? ¡Ahora estoy pasando por unas pruebas espantosas!» Quienes se quejen de eso deben recordar lo que Jesús ha hecho por ellos. Están *salvados*; eso es lo principal. Tienen asegurada la vida eterna, no se irán

al infierno. Ya no tienen por qué preocuparse de la muerte.

¿Qué clase de gratitud es esa? ¿Qué hay del amor y la lealtad? ¿Es que no tiene caso defender el amor de nuestro Salvador? ¿Acaso no merece la pena luchar por nuestros hermanos y hermanas cristianos? Tal vez no quiera uno soportar todas esas pruebas y tribulaciones por causa de sí mismo; pero ¿no debería estar dispuesto a luchar por otras personas?

Además debemos tener presente que ser cristiano redonda en cantidad de beneficios. Nos respaldan todas las promesas de la Biblia. Si bien la Biblia dice: «Muchas son las aflicciones del justo», la segunda mitad del mismo versículo reza: «pero de todas ellas le librará el Señor» (Salmo 34:19). Aunque tengamos que hacer algunos sacrificios, el Señor nos lo compensará cien veces más en esta vida (Marcos 10:30). Encima tenemos paz interior, sosiego en el corazón y una gran satisfacción gracias a todo lo que hacemos por el Señor (Isaías 26:3; Juan 14:27; Romanos 5:1; Filipenses 4:7).

Sabemos que a la larga ganaremos, pase lo que pase. No obstante lo encarnizada que se ponga la lucha o lo arduas que sean las batallas cotidianas, vamos a ganar la guerra. La victoria final ya es nuestra. No podemos perder, porque estamos con los vencedores.

Es preciso fijar la vista en las recompensas eternas, como dice Hebreos 11, el capítulo sobre la fe: «Por la fe, por la fe, por la fe...» Declara que todos los grandes patriarcas de la Biblia miraron hacia adelante, desde la óptica de la fe. No estaban satisfechos con ser ciudada-



nos del mundo presente. Anhelaban un país y una ciudad celestiales, una ciudad construida por Dios. Estaban dispuestos a pasar por todas aquellas pruebas y tribulaciones y a ser extranjeros y peregrinos aquí, un pueblo apátrida, porque sabían que a su tiempo tendrían patria, una por la cual valía la pena luchar, vivir y, en algunos casos, hasta morir. (Hebreos 11:13-16). Pablo escribió: «Tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse» (Romanos 8:18).

Quienes hace poco han aceptado a Jesús deben entender que se trata de una guerra, de un choque entre dos mundos, una contienda entre el dominio del Diablo y el Reino de Dios. Ellos están del lado de las fuerzas victoriosas; pero aun así, tienen que combatir.

Al igual que en los ejércitos humanos, el Señor permite que uno enfrente algunas de las pruebas más difíciles al principio, durante el período de instrucción. Ni bien se enrolan en el ejército, a los reclutas se los hace pasar por lo más difícil para deshacerse de los tipos que no están hechos para la rigurosa vida militar. El Señor deja al Diablo

poner a prueba a los *reclutas* para ver si serán capaces de aguantar.

Servir al Señor es una lucha, pero con el tiempo aprendemos a disfrutar de ella, porque sabemos que formamos parte de las fuerzas del bien, del bando ganador. Además, tenemos un buen comandante —Jesús—, de quien estamos orgullosos. Felices vivimos por Él y le servimos.

Nos apasiona la batalla tanto como a los atletas las competencias. Nos gusta luchar contra el Diablo y vencerlo en la perpetua batalla por las almas humanas. Nos apasiona el combate en el frente, nos motiva la aventura, la emoción del triunfo, de cada victoria.

El Señor dice: «Sé fiel hasta la muerte, y Yo te daré la corona de la vida» (Apocalipsis 2:10).

Me recuerda una anécdota que me contaron una vez sobre algo que dicen que ocurrió en Rusia en los primeros tiempos de la revolución bolchevique, cuando los comunistas perseguían denodadamente a los cristianos. Un pelotón de soldados del Ejército Rojo capturó a un grupo de cristianos y los obligaron a desnudarse sobre el hielo de un lago congelado. Los guardias les dijeron que si alguno quería salvarse de

«Sé fiel hasta la muerte, y Yo (Jesús) te daré la corona de la vida» (Apocalipsis 2:10).

morir congelado lo único que tenía que hacer era negar su fe.

Así pues, los cristianos se congelaron y cayeron uno por uno, hasta que el último que quedaba no pudo soportarlo más. Vió que todos los demás se habían muerto y quedaba él solo, el último de todos. Se dirigió corriendo hacia los guardias, gritando que no aguantaba más, que negaría su fe. Al acercarse a ellos, de golpe uno de los soldados salió a su encuentro.

—¡Toma mi uniforme y mi arma!
—exclamó el guardia—. ¡Voy a morir en tu lugar! Estaba aquí mirándolos y a medida que cada uno caía vi que una corona descendía y se posaba sobre su cabeza. Pero justo en el momento en que la mano descendía del Cielo para coronarte a ti, te diste por vencido. Aquí tienes, toma mi uniforme y mi arma. Ocuparé tu



lugar. ¡Yo quiero esa corona!

No hay corona sin cruz, no hay testimonio sin dificultad. Sin prueba no hay triunfo y no hay victoria que se logre sin librar una batalla. Recuerda, para eso te enrolaste, para luchar y vencer. Así que adelante con la batalla. Vencerás siempre y cuando no dejes de luchar.

Sigamos el ejemplo de John Paul Jones, famoso capitán de navío norteamericano del siglo XVIII. Su nave había sido alcanzada por los cañones enemigos y se estaba hundiendo. La mitad de sus hombres había muerto y muchos otros estaban malheridos, entre ellos, él mismo. Cuando el capitán enemigo lo conminó a rendirse, exclamó: «¿Rendirme? ¡Ni loco! ¡Si ni siquiera hemos empezado a luchar!» Se negó a arriar bandera y a deponer las armas. Y a la postre salió victorioso. Así son los soldados que ganan, los que se niegan a dejar de luchar.

¡Que Dios nos dé soldados a quienes les guste luchar por el Señor con el arma de Su Palabra, que se regocijen derrotando al Diablo y que estén convencidos de que no pueden perder! ¡Héroes conquistadores a quienes les apasione vivir, luchar y sacrificarse por Jesús, sus hermanos y la verdad! A esos soldados no se los puede vencer. Aunque mueran en combate, no pueden perder: recibirán una corona de gloria.

El apóstol Pablo dijo: «He peleado la buena batalla de la fe, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia» (2 Timoteo 4:7,8). ¿Podrá cada uno de nosotros afirmar lo mismo? ■

Renueva tu pensamiento

Consejos para



¿Por qué debemos memorizar las Escrituras? Redunda en múltiples beneficios. Los versículos que «guardemos en nuestro corazón» serán para nosotros una bendición toda la vida. Nos infunden fe, nos ayudan a reconocer todo lo que el Señor hace por nosotros y nos compelen a agradecerlo. La memorización nos lleva a cultivar una relación particularmente estrecha con Jesús, que es la Palabra (Juan 1:1-14). Además, el hecho de conocer de memoria las promesas que el Señor nos ha hecho en Su Palabra nos hace más fácil invocarlas (2 Pedro 1:4).

Jesús dijo: «Las palabras que Yo os he hablado son espíritu y son vida» (Juan 6:63). La Palabra es lo que nos da vida y alimento, lo que nos fortalece y nos otorga buena salud espiritual. Si la guardas en el corazón con constancia, cobra vida en ti. Siempre la tendrás contigo, ya si tienes a mano una Biblia, ya si no, lo cual resulta muy útil al hablar del Señor a los demás.

A medida que te deleites en la Palabra y medites en ella, el Señor te bendicirá y te prosperará. Serás «como árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto a su tiempo» (Salmo 1:2-3).

1 La memoria puede desarrollarse igual que un músculo. Cuanto más se ejercita, más se fortalece; la falta de uso la debilita.

2 Cuanto más te concentras, más fácil se vuelve memorizar. Busca un lugar tranquilo y libre de distracciones.

3 Busca el momento más apropiado. A la mayoría de las personas le resulta más fácil memorizar apenas se despiertan por la mañana, cuando tienen la mente descansada. La tarde es también un buen momento para repasar lo que se ha aprendido de memoria ese día.

4 Vista, sonido y acción. Lee lo que memorizas, escríbelo y recítatelo en voz alta. El empleo de esos tres métodos combinados refuerza el proceso de memorización.

5 Grabar textos en la memoria es trabajo. Requiere cierta determinación y autodisciplina. Pero cuanto más se hace, más fácil se torna.

6 Convéncete de que puedes hacerlo. Dios te ha dotado de una mente que es más eficaz que la computadora más avanzada. Si te resulta imposible memorizar, invoca Filipenses 4:13: «Todo lo puedo en Cristo que me fortalece», y sigue intentándolo.

Para comenzar, apréndete los siguientes versos

Fíjate metas. Al comienzo, procura aprenderte uno o dos versículos al día, o al menos uno cada dos días. Hazte unas tareas breves para el corto plazo y otras a largo plazo.

Sé constante. Busca dos o tres momentos breves a lo largo del día en los que te venga bien memorizar. No requiere más que unos cinco minutos al día.

La clave para mejorar la memoria es la repetición. Cuanto más repitas lo que te estás grabando, más rápido lo aprendes. Cuanto más seguido repases lo que ya has aprendido, más se te quedará grabado. Repasa un versículo recién aprendido unas tres veces al día hasta que te lo sepas bien; luego un par de veces a la semana durante las dos o tres semanas siguientes; de ahí, una o dos veces al mes, y así sucesivamente. Si tienes dificultades para recitar correctamente un verso aprendido hace tiempo, te conviene repararlo con mayor frecuencia.

Procura aprenderte también las referencias (el nombre del libro y el número del capítulo y versículo). Te vendrá bien cuando quieras buscar el versículo más adelante.

«Átalos siempre en tu corazón, enlázalos a tu cuello. Te guiarán cuando andes; cuando duermas te guardarán; hablarán contigo cuando despiertes» (Proverbios 6:21-22). ■

Si quieres un listado temático de algunos de los versículos más importantes de la Biblia, ideales para aprenderse de memoria, pide un ejemplar de *La Biblia en cápsulas*. Este librito de bolsillo, que puedes llevar contigo a cualquier parte, es de incalculable utilidad a la hora de memorizar.

SALVACIÓN

Juan 3:16 De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a Su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.

Hechos 16:31 Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa.

Efesios 2:8-9 Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe.

Juan 14:26 El Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en Mi nombre, Él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que Yo os he dicho.

Hechos 1:8 Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra.

Hechos 2:17 En los postreros días, dice Dios, derramaré de Mi Espíritu sobre toda carne.

EL ESPÍRITU SANTO

Salmo 119:105 Lámpara es a mis pies Tu Palabra, y lumbrera a mi camino.

Mateo 24:35 El cielo y la tierra pasarán, pero Mis palabras no pasarán.

Juan 6:63 El Espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que Yo os he hablado son espíritu y son vida.

LA PALABRA DE DIOS

Jeremías 33:3 Clama a Mí, y Yo te responderé, y te enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces.

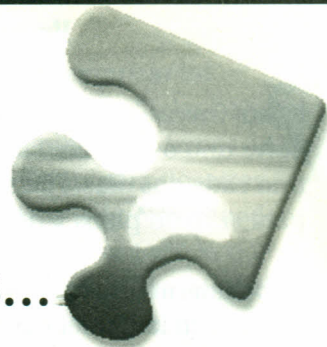
Mateo 7:7-8 Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá.

1 Juan 5:14 Esta es la confianza que tenemos en Él, que si pedimos alguna cosa conforme a Su voluntad, Él nos oye.

LA ORACIÓN

Respuestas

a tus ? nterrogantes...



P: Entiendo que la Biblia dice que Jesús me perdonó todos mis pecados cuando acepté Su regalo de salvación. No obstante, siento todavía un enorme remordimiento por ciertas cosas que hice antes de salvarme. ¿Qué puedo hacer?

DÉJALO ATRÁS. El remordimiento puede llegar a ser un verdadero obstáculo, por cuanto conduce a la depresión. Es más, merma considerablemente la utilidad de muchos cristianos, que se preguntan: «¿Cómo es posible que Jesús se valga de mí o me perdone siquiera cuando yo mismo no puedo perdonarme?»

Cuando hay un problema, Jesús tiene la solución. En este caso, aunque es muy sencilla, se alcanza dando dos pasos. Primero: Pide perdón a Jesús y acéptalo. Él se lo concede gratuitamente a cuantos se lo

pidan, sea que se sientan dignos o no. Segundo: Pide a quienes perjudicaste que te perdonen, y de ser posible remedia la situación. (Mateo 5:23-24).

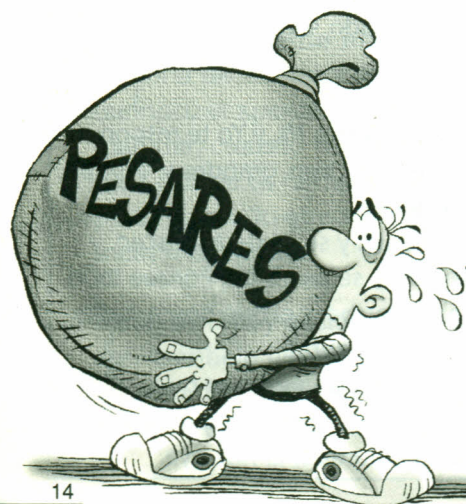
El primer paso lo diste en el momento en que aceptaste que Jesús es tu Salvador y le pediste que te perdonara todos tus pecados. «Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad» (1 Juan 1:9). El segundo puede ser un poco más difícil e incómodo para el orgullo; pero una vez que se hace, el alivio del sentimiento de culpabilidad es enorme.

El Señor ya te ha perdonado y lo ha olvidado (Jeremías 31:34); de modo que ahora tienes que perdonarte a ti mismo, decir *agua pasada no mueve molino* y proseguir con la nueva vida que Jesús te ha dado.

Si estás agobiado por un bulto de pesares, nunca llegarás a ninguna parte. ¡Suéltalos y sigue adelante con el Señor!

Eso mismo hizo el apóstol Pablo, que tenía motivos de sobra para sentir remordimiento y pesares. Pablo —cuyo nombre original era Saulo— presenció la lapidación de Esteban, el primer mártir cristiano (Hechos 7:54-60; 8:1). Al poco tiempo se convirtió en uno de los cabecillas de la persecución sistemática que a partir de ese hecho se desató contra los cristianos (Hechos 8:3; 9:1-4; 22:4-5). Sus actos fueron premeditados y ocasionaron grandes perjuicios y dolor a incontables personas. Pero una vez que «vio la luz» (Hechos 9:3-6), se convirtió en dirigente de una causa justa e hizo grandes cosas por el Señor.

¿Cuál fue su secreto? «Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús» (Filipenses 3:13-14). Había aprendido a dejar el peso atrás. ■



Como siempre les agradezco sus mensajes, que mucho me sirven. Curiosamente en estas fechas he tenido algunos problemas y a veces se me van las fuerzas para seguir adelante; sin embargo, recapacito y pienso que algo bueno llegará a su debido tiempo. Sus mensajes me ayudan a reforzar esos pensamientos y me dan fuerza para seguir adelante. Su labor para fortalecer la fe es increíble. Espero que muchas de las personas que reciben estos mensajes obtengan los mismos beneficios que yo. Una vez más muchas gracias y estamos en contacto. Atentamente,

Rodolfo (México)

Mi hermana está interesada en la religión. Pero para mí es más que un simple interés. ¡Estoy en busca de la verdad! Me imagino la existencia de un Ser superior. Prefiero concebirlo como un ayudante, un ser en el que me puedo apoyar, mi mejor amigo. Tengo una Biblia y al mismo tiempo varios libros de ciencia. Todos tienen su lugar en mi pequeña biblioteca,

pues considero que el deber de la ciencia es demostrar la existencia de Dios.

Sanjay (India)

Gracias por su respuesta a mi última carta. Hace unos días que no me siento frente al computador y por lo tanto no he tenido tiempo para contestar las cartas que tanta felicidad me causan, por saber que provienen de mis amigos cristianos a los que admiro y a los cuales me siento unido en alma y corazón.

Si Dios me da fuerza espiritual, quiero combatir por la causa que Jesús nos ha encomendado. Sé que vivimos tiempos muy difíciles, los tiempos del Fin, y que las señales de éstos son cada día más evidentes. Gracias por orar por nosotros. Si lo siguen haciendo, que sea para que Jesús ilumine nuestra vida y nos haga mejores cristianos. Hasta la próxima vez,

Gustavo (España)

*¡Nos encantaría recibir también noticias tuyas! Si deseas responder a cualquiera de los artículos de **Conéctate** o simplemente contarnos más sobre ti, no dejes de escribirnos.*

Oración para hoy

Jesús, eres tan tierno y compasivo. Soy consciente de que me amas de manera muy profunda. En innumerables ocasiones en que necesité cariño o que alguien me levantara el ánimo, Tú cubriste esa necesidad. Hiciste algo especial que significó mucho para mí. Me demostró que de verdad te interesas hasta por los detalles más ínfimos de mi vida.

Un diamante no es más que una partícula de tierra ordinaria que ha pasado por experiencias extraordinarias.

No pongas los ojos en lo que no tienes; fíjate en Mí y confía en Mis promesas. Ten fe en las Palabras que te dirijo. Ten fe en Mi voz, que te habla al corazón. Ten fe en el amor que percibes a tu alrededor.

Cuando te sientas asediado por el temor, las dudas o la preocupación, pon los ojos en Mí y confía. Cuando comiences a temblar, confía en Mí. Cuando no puedas más y se te llenen los ojos de lágrimas, sigue confiando en Mí a pesar del llanto. Confía en Mí pase lo que pase.

Confía en que Yo sé lo que más te conviene. Confía en Mi sabiduría. Confía en Mi capacidad para orientarte y valirme de ti al máximo. Confíame el futuro. Confía en que no te fallaré, en que cumpliré todo lo que te he dicho. Confía en que no te abandonaré en el desconsuelo, en que efectivamente sentirás Mi amor y lo conocerás mejor que nunca.

Confía en que te consolaré por las noches cuando te parezca que no tienes a nadie. Confía en que puedo estar a tu lado. Confía en que soy capaz, y en que te ayudaré en esta época de pruebas. Confía en que no te defraudaré, te digan lo que te digan tus pensamientos. Mantén los ojos fijos en Mí y deposita toda tu confianza en Mí.

De Jesús, con cariño